

Museo Ramón Gaya

Párraga antes de Párraga



Murcia, 21 diciembre 2007 / 10 marzo 2008

Museo Ramón Gaya

Párraga antes de Párraga

DIRECCIÓN

Manuel Fernández-Delgado y Cerdá

COORDINACIÓN

Isabela Antón

GESTIÓN

Ana Álamo

Victoria Clemente

Juan Carlos Díaz

Inma Guarinos

Ana Martínez

TEXTOS

Pedro García Montalvo

Ángel Pina Ruiz

DISEÑO GRÁFICO

Severo Almansa

Rosa de la Obra

FOTOGRAFÍAS

Tomás Lorente

MONTAJE

Adimur

AGRADECIMIENTOS

Ángel Pina Ruiz

IMPRIME

A.G. Novograf

D.L.: MU-2.314-2007

Portada:

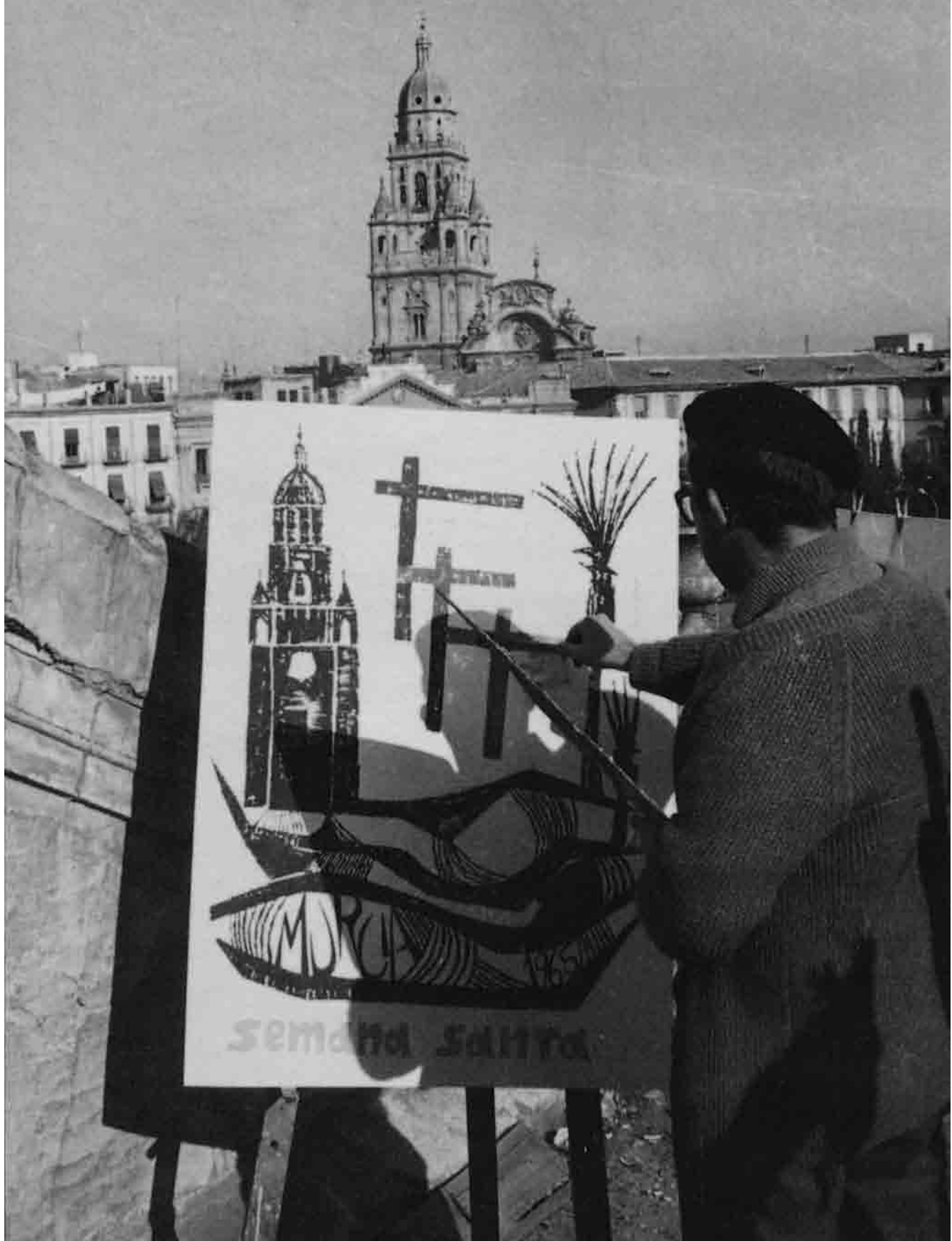
Arlequín, 1956 (silueta)

Grafito sobre papel de color. 31,5 x 21,5 cm

Página anterior:

Figura femenina (anverso de un dibujo)

Grafito sobre papel. 22 cm de altura.





Párraga, en el bar Montes
Pedro García Montalvo
Murcia, 21 de abril de 1997

Mi amistad con José María Párraga empezó a final de los sesenta. Después de muchos años de compartir tertulias y jaranas, ocasionalmente, en lugares muy distintos de la ciudad –por ejemplo, en el desaparecido bar La Viña, en el recodo de Trapería–, y de buscar cada uno por su lado en los caminos del arte, el destino quiso, siguiendo esos complejos vericuetos que a veces utiliza, hacernos vecinos del mismo barrio, el viejo barrio de Santa Eulalia, al terminar la década de los ochenta. Así, pues, durante todos estos últimos tiempos, he podido gozar casi a diario de su presencia como he gozado siempre con su pintura. Esa pintura –con sus palomas, con sus maternidades, con sus variados personajes– que en esta ciudad se le aparece a uno, gratamente, en el sitio menos pensado: en el salón de un amigo al que no veíamos desde hacía tiempo, en el tonel de una tasca, en la pared de una tienda o, por poner un ejemplo que recuerdo muy especialmente, en el vestido de una novia que José María iluminó –hace ya ¿cuántos años?– con grandes flores y girasoles amarillos... Decía, pues, que en estos últimos tiempos he gozado con la cercanía de su persona inolvidable por la plaza y calles de Santa Eulalia. He pensado con él en todas las estaciones, con lluvia y con sol. Lo he visto pasar por el jardincillo con sus carpetones enormes y sus andares bamboleantes. Lo he visto llevar el carricoche de sus hijos, al lado de su mujer, y comprar el pan o la prensa. Y, desde luego, hemos bebido juntos más de un vaso de vino en alguno de los muchos bares del barrio.

En uno de ellos, el bar Montes, que él frecuentaba mucho y que forma una de las esquinas de la plaza, frente a la cochambrosa muralla árabe, han puesto, un par de días después de su muerte, un cartel que dice: Rincón de Párraga, el “Pintor”. También en esta taberna, pequeña y ya cargada de años, nos hemos sentado alguna vez José María y yo, rodeados siempre por unos cuantos clientes desprovistos de toda prisa –obreros en la hora tranquila del atardecer, después del trabajo; algún jubilado con un eterno cigarrillo, extinto y medio chafado, en la comisura de la boca–. Es un bar

con mesas de madera oscura, macizas, con el bajo sobado por el tiempo. Sobre la cafetera hay un ventilador de pared, un escudo del Real Murcia y una leja de botellas. Más allá, un reloj de plato, un tubo de acero del que cuelgan unos pocos embutidos y debajo, la jamonera metálica con un hueso acuchillado. En un ventanuco que da a la pequeña cocina hay un San Pancrancio y un ramito de perejil.

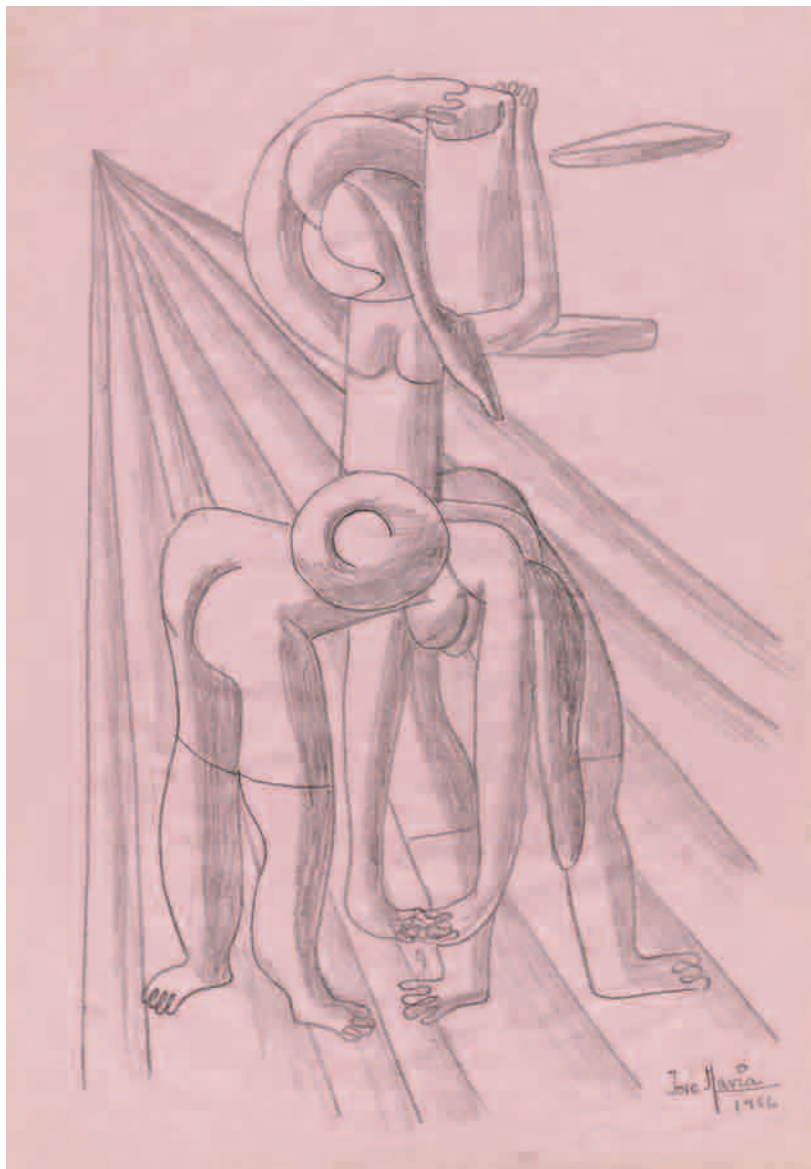
Aquí hemos departido Párraga y yo, sin acordarnos de la hora, contagiados del tiempo detenido que reina siempre en las tabernas, sobre todo al caer la noche de los largos días laborables. Sobre la mesa estaría su cartapacio de dibujos, que yo creo que ha ido con él desde que nació, formando parte de su ser. Y he pensado que este viejo amigo, este artista del pueblo, siempre expansivo, grande como sus chaquetas, generoso, bueno como el pan, sonriente y vital –aunque a veces la vida lo hubiera baqueteado un poco–, se encontraba en todas partes –en esta tasca igual que en una recepción oficial en un gran hotel– como en su propio piso, en su amanso estudio: cómodo, en familia, como una alma de Dios. Donde estaba José María, allí estaba su casa: hacía del mundo realmente el rincón de Párraga. Y esto no era sólo porque supiera quitarle barba y solemnidad a los lugares. Era, ante todo, porque nunca hacía *acepción de personas*, nunca hacía distinción –aunque supiera quién era cada cual– entre el pobre y el rico, entre el hombre llano y el poderoso. A todos les daba el mismo trato igualatorio, desposeyéndolos de los atributos y moviéndose, por tanto, en los ambientes más diversos, con absoluta y bendita naturalidad. Era la suya, sin duda, la manera que tienen el alma y el espíritu de ver a los seres.

Hoy me he tomado un café en el bar Montes en memoria suya. Había dos o tres parroquianos, fumando y charlando, sin prisa. Todo estaba igual que siempre.

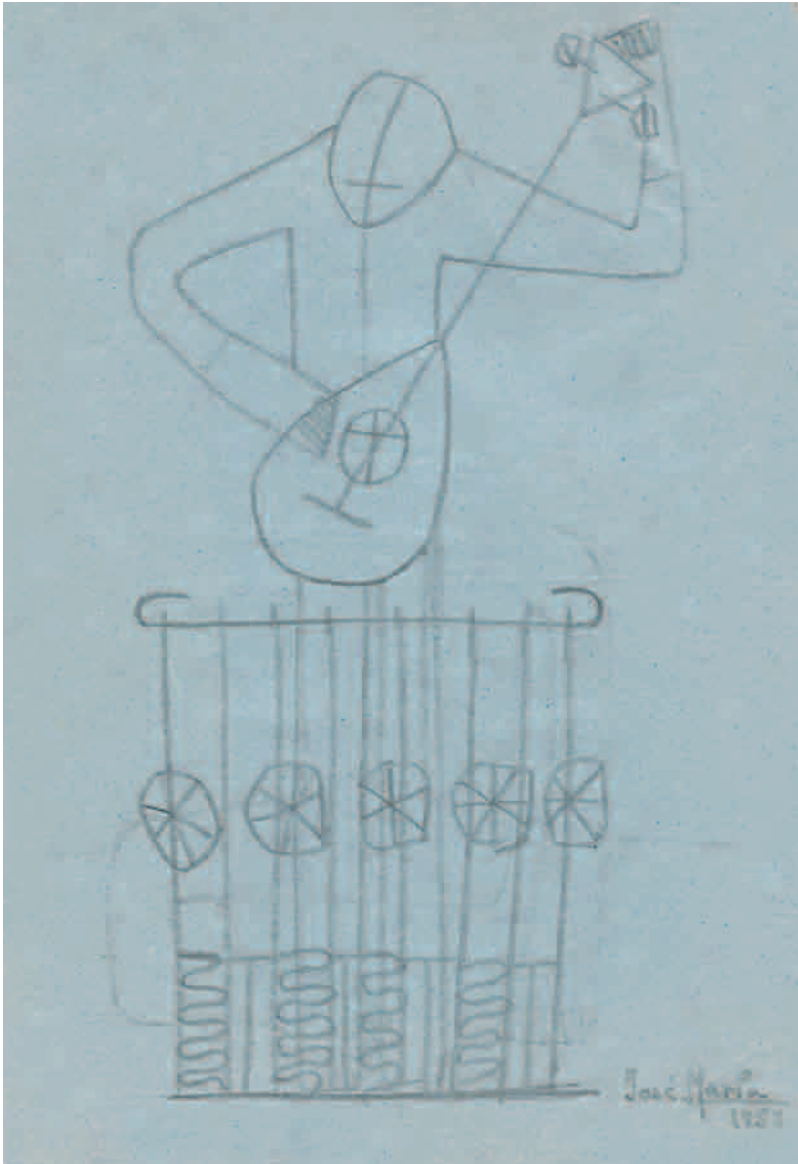
El ambiente de humo antiguo, la conversación, el vaso con su perejil, el redondo reloj de pared. La única variación era que yo estaba esta vez solo, con mi café, en una esquina.



Dos figuras femeninas, 1956
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,8 cm



Dos figuras femeninas, 1956
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,7 cm



Personaje con mandolina en el balcón, 1957
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,6 cm



Dos figuras femeninas, 1956
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,6 cm



Figura masculina, 1956
Grafito sobre papel de color
21,6 x 16,1 cm



Dos figuras femeninas, 1956
Grafito sobre papel de color
21,6 x 15,8 cm



Dos figuras femeninas, 1956
Grafito sobre papel de color
21,6 x 16,1 cm

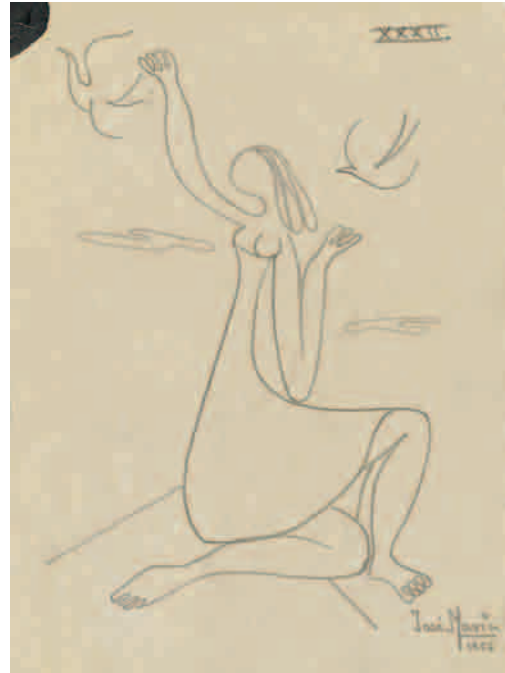


Figura femenina con dos palomas, 1956
Grafito sobre papel de color
21,6 x 15,7 cm



Músicos, 1956
Grafito sobre papel de color
21,6 x 15,7 cm



Danzarines, 1956
Grafito sobre papel de color
21,6 x 16,1 cm

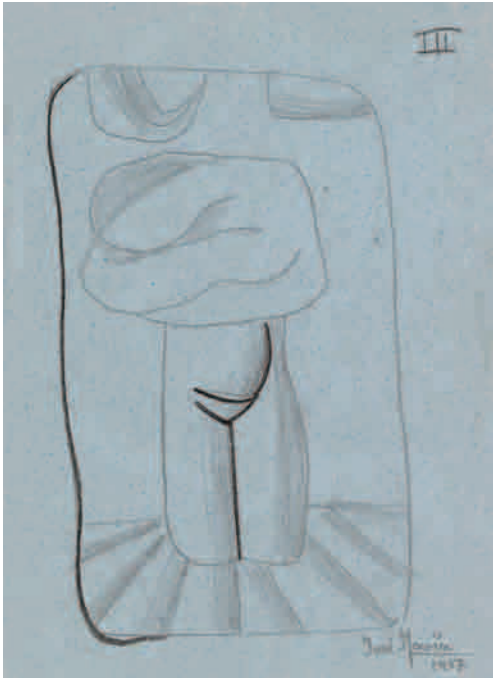


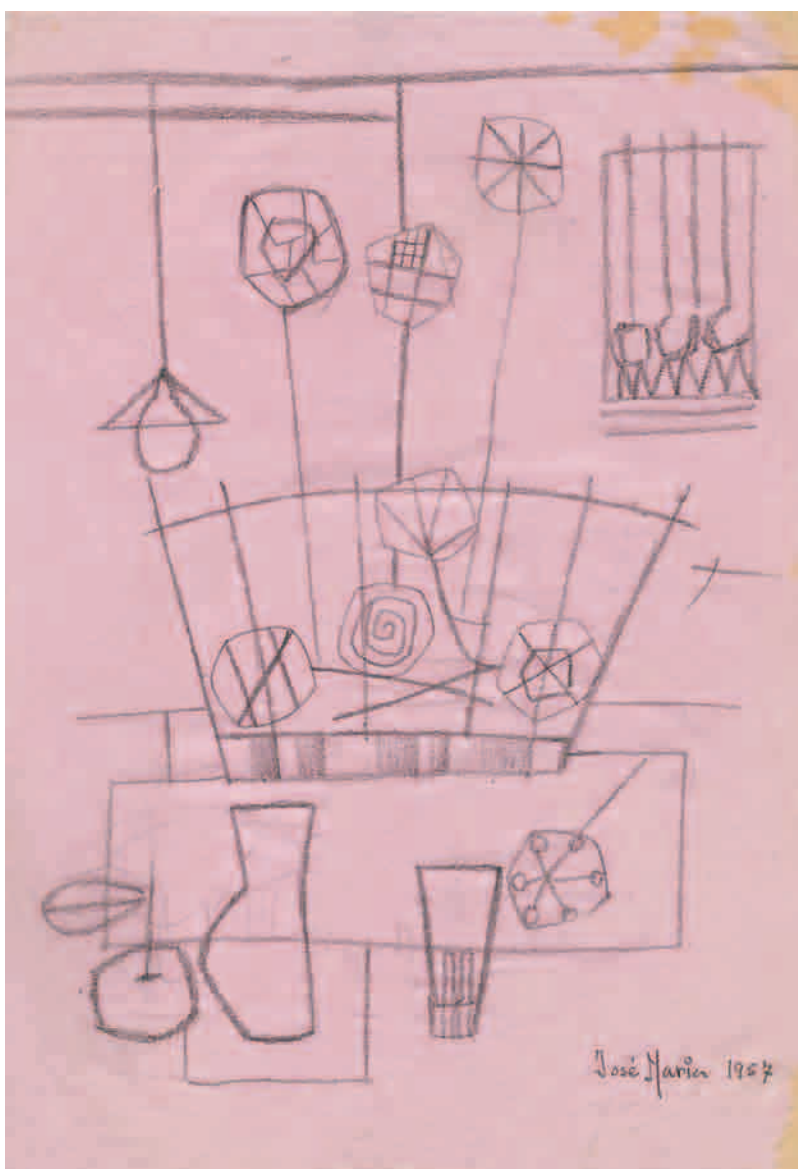
Figura femenina, 1957
Grafito sobre papel de color
21,7 x 15,7 cm



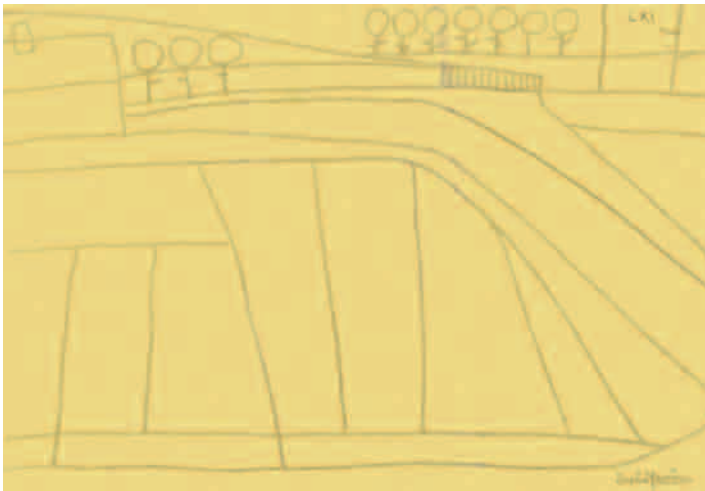
Tres figuras femeninas, 1957
Grafito sobre papel de color
21,7 x 15,7 cm



Paisaje, 1957
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,6 cm



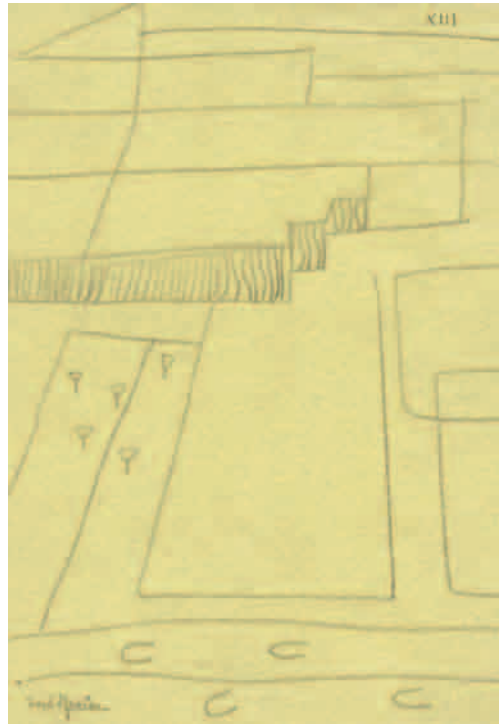
Interior, 1957
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,8 cm



Paisaje
Grafito sobre papel de color
21,5 x 31,5 cm



Paisaje
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,6 cm



Paisaje
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,6 cm



Paisaje
Grafito sobre papel de color
21,6 x 31,5 cm



Paisaje
Grafito sobre papel de color
21,6 x 31,6 cm



Paisaje

Grafito sobre papel de color
21,5 x 31,5 cm



Paisaje
Grafito sobre papel de color
21,5 x 31,5 cm



Cabeza femenina, 1956
Grafito sobre papel de color
21,6 x 15,8 cm



Dos figuras femeninas, 1956
Grafito sobre papel de color
21,8 x 15,7 cm



Dos figuras femeninas, 1956
Grafito sobre papel de color
44 x 31,8 cm



Dos figuras femeninas
Grafito sobre papel de color
21,7 x 15,8 cm



Pareja, 1956
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,8 cm



Figura femenina
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,5 cm



Dos bailarinas, 1956
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,8 cm



Dos figuras femeninas
Grafito sobre papel de color
31,5 x 21,6 cm



Pareja, 1956
Grafito sobre papel de color
32,2 x 22 cm



Pareja de bailarinas, 1956
Grafito sobre papel de color
27,7 x 21,3 cm



Tres figuras femeninas, 1956
Grafito sobre papel de color
44,1 x 31,6 cm



Pareja de bailarinas, 1956
Grafito sobre papel de color
44 x 31,8 cm



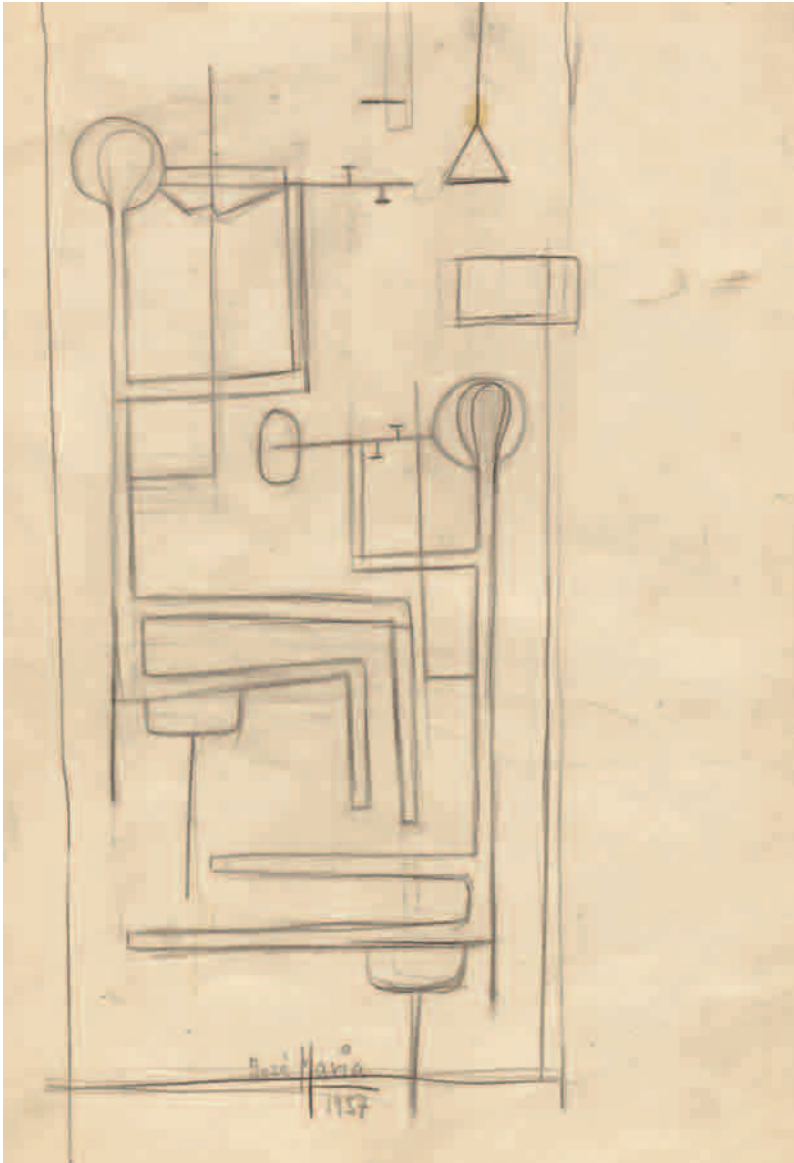
Tres bailarinas, 1956
Grafito sobre papel de color
44 x 31,8 cm



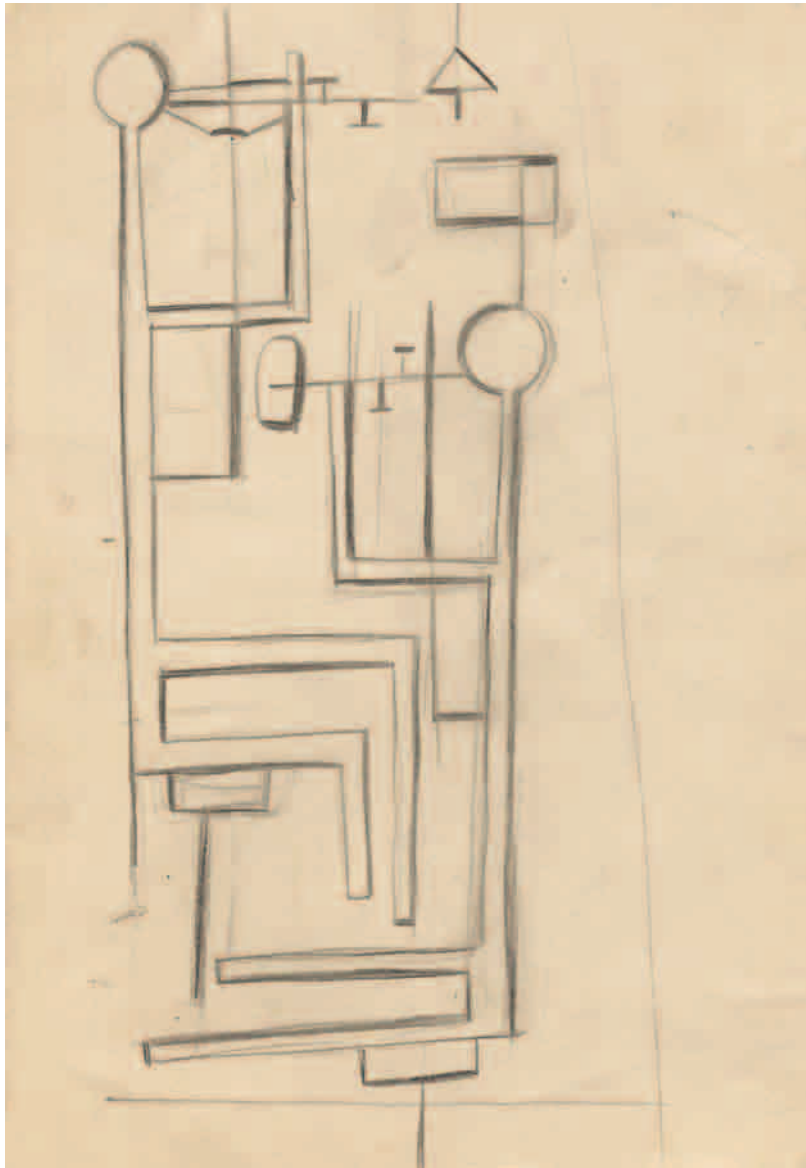
Jugando en la playa, 1956
Grafito sobre papel de color
32,1 x 22,1 cm



Tres mujeres, 1956
Grafito sobre papel de color
44 x 31,8 cm



Composición I, 1957
Grafito sobre papel
33,2 x 22,9 cm



Composición II, 1957
Grafito sobre papel
33,2 x 22,9 cm

Bodegón, 1956
Grafito sobre papel de color
15,8 x 21,6 cm



A un creador
Ángel Pina Ruiz
Editor y coleccionista

Que **José María Párraga** es el gran artista murciano por descubrir es algo que vengo afirmando hace años, ya que mi admiración por él se remonta a finales de los años 60, cuando lo conocí en la antigua Escuela de Artes y Oficios de Murcia, manteniendo una sincera amistad hasta su fallecimiento en 1997. Es cierto que se han realizado actuaciones puntuales, como las exposiciones del Museo de Bellas Artes o la de San Esteban, y posteriormente a su muerte, las de Verónicas y San Esteban, Palacete de la Seda, Museo Ramón Gaya y Museo de Fuente-Álamo, entre otras, pero siempre piensas que podrías haber hecho algo más.

Me consta que actualmente desde la Comunidad Autónoma y diversas entidades, así como desde el Ayuntamiento, hay un renovado interés para

definitivamente situar a Párraga en el contexto nacional y posiblemente internacional que se merece, y esta muestra sobre sus comienzos en los años 50, cuando firmaba José María, es una prueba.

Consta de dibujos a lápiz de mediano y pequeño formato realizados entre 1956 y 1957, hace más de medio siglo, en los que observamos su creatividad, capacidad y posibilidades de futuro.

Por otra parte, diversos investigadores están realizando estudios sobre su obra, entre los que se puede incluir mi trabajo de Tesis Doctoral sobre José María, que serán publicados próximamente. Espero que esas buenas intenciones sean una gozosa realidad y definitivamente entre todos situemos al Artista en el lugar que le corresponde.